

EN BUSCA DE UN LUGAR EN EL MUNDO

Aproximación a la problemática del adolescente en el contexto actual

“...En todo tiempo y lugar el lapso entre la infancia y la edad adulta, sea breve o prolongado, ha sido asociado a la adquisición de la virtud tal como la define cada sociedad. El niño puede ser bueno y obediente, pero sólo el adulto puede ser virtuoso.”
Louis Kaplan.

Efectivamente, aproximarse a la problemática de la adolescencia, comprender sus particulares significaciones e implicancias en la vida de los sujetos, requiere ubicarnos en las coordenadas del espacio y del tiempo.

Si comenzamos tomando la dimensión temporal podemos afirmar que el momento histórico en el que vivimos actualmente se encuentra configurado por una edad de la cultura a la que se le denomina posmodernidad. La posmodernidad se caracteriza a grandes rasgos por los siguientes aspectos:

- 1) Ausencia de una visión clara del futuro en la vida social que se pone de manifiesto en la tendencia al "contrato temporal" en lo laboral, lo afectivo, lo económico. La dimensión del tiempo ha cambiado, pocos creen en el porvenir radiante del progreso.
- 2) La muerte de las ideologías o el fin de las utopías expresadas en lo que podríamos denominar las "izquierdas y las derechas" políticas
- 3) El consumo como pauta cultural y privilegiada de relación social y
- 4) El imperio de los medios masivos de comunicación con un lenguaje basado casi exclusivamente en la imagen.

Estas características definen un nuevo estado de cosas y nuevas condiciones de existencia social.

Si tomamos ahora la dimensión espacial y geográfica veremos (y de hecho lo sabemos por nuestra propia experiencia) que Argentina y Mendoza no son ajenas a estos cambios, aunque los mismos no se registren de modo tan extremo y sobrevivan ciertas costumbres, tradiciones y valores, ligadas a la sociedad moderna que creía en el progreso y en la autoridad de las instituciones tales como el Estado, la familia y la escuela.

¿Por qué necesitamos hacer estas precisiones históricas y contextuales? Porque de lo contrario no sería posible, o se nos dificultaría comprender por qué nuestros hijos actúan a veces de modo tan diferente al nuestro y/o paradójicamente, porque a veces, queremos ponernos a la par de ellos y compartir sus mismas vivencias como si fuésemos sus amigos...

Si tomamos las investigaciones y las producciones científicas sobre la problemática de la adolescencia, sobre todo las de los años setenta a hasta mediados de los noventa, en general, tienen como común denominador el plantear a la adolescencia como un período crítico, transicional, en el que el sujeto debe abandonar la dependencia paterna y asumir responsabilidades como ciudadano en los distintos roles que le demanda la sociedad en tanto que sujeto adulto, esto es, esposo/a, padre/madre, trabajador, profesional, voluntario de organizaciones sociales. Es decir, la tarea fundamental de la adolescencia era alcanzar una IDENTIDAD ADULTA.

Esta compleja tarea demandaba un tiempo en el cual se le permitiera al joven elaborar todas las vicisitudes de la crisis. A esto se refería la idea de "moratoria social", entendida como *"un período de transición y preparación para la vida adulta brindado por la posibilidad de postergar exigencias –sobre todo las que provienen de la propia familia y el trabajo- y contar con tiempo socialmente legitimado para dedicarse al estudio y la capacitación"* (Margulis y Urresti. 1996;1998)

En esta tarea, la ideología (entendida como un sistema de valores, una forma de concebir al mundo, un parámetro ético) desempeñaba un papel fundamental porque se constituía en el referente a seguir “en la guardiana de la identidad”.

Pero ¿qué ocurre hoy con este proceso cuando se han decretado la muerte de las ideologías, cuando los valores tales como la justicia, la honestidad, el trabajo, el esfuerzo, el compromiso, han dejado de ser metas sociales e individuales a alcanzar? Y si bien es cierto que muchos de estos valores e ideales siguen vigentes en muchos de nosotros, sabemos que no tienen alcance universal, esto es, no son compartidos por todos...

Y esto se entiende un poco mejor si lo pensamos desde lo que dijimos anteriormente acerca del consumo. La sociedad actual demanda no tanto ya la formación de ciudadanos, sino más bien la de consumidores. El consumo es el espejo en el cual reflejarnos, el vivir en la sociedad de consumo demanda para los sujetos un nuevo horizonte de aspiraciones...

La búsqueda de la identidad y la vivencia de un drama subjetivo

Ahora bien, en y más allá de estas diferencias sociales, históricas y epocales, la constitución de la identidad adulta, sigue siendo la tarea principal a llevar a cabo en la adolescencia.

La pubertad, (proceso eminentemente biológico que conduce a la madurez sexual, al momento en que se torna posible la fertilización y la capacidad funcional de reproducirse) es el punto de partida de la adolescencia, en tanto implica asumir subjetivamente la pérdida de la autoridad adulta y hacerse cargo de lo que el cuerpo denuncia y habilita. ¿Qué denuncia el cuerpo? Que ya no es más el de un niño. ¿Qué habilita? La capacidad sexual de reproducirse.

Esto cambios introducen al sujeto en complejo proceso psicológico y emocional que implica transitar un camino que va de la dependencia infantil a la independencia adulta, de un estado de semiresponsabilidad a uno de responsabilidad. Y esta tarea, más allá de que algunos autores la han minimizado en sus implicancias emocionales y afectivas, es vivida por el adolescente como un “drama subjetivo”.

¿Por qué drama? Porque los personajes de un drama, transitan un espacio y un tiempo en el que sufren, se angustian, pierden afectos y objetos de amor, están confundidos, tienen miedo. ¿Por qué subjetivo? Porque cada individuo lo vive de un modo definitivamente singular.

Podemos pensar entonces a los adolescentes como “personajes de un drama”: fanáticos del rock o del fútbol, bailaneros, chateadores, miembros de una tribu urbana, hackers, pibe chorro, militante del boleto estudiantil, drogadicto, anoréxica, lolita, estudiante con uniforme, estudiante con guardapolvo, estudiante, ciberciudadano; todos estos nombres dan cuenta de personajes que están ensayando papeles para entrar en la “escena adulta”. Lo fundamental aquí –sobre todo para nosotros los adultos- es que comprendamos la idea de “tránsito”, de “camino”, de “ensayo”. Estos ensayos le permiten al sujeto entrar y salir de ese mundo hasta que se pueda instalar “de verdad” asumiendo y afrontando las consecuencias de sus actos.

Detrás del joven deportista, del joven especialista en sistemas de computación, los cuerpos tatuados, los rostros cubiertos de aros en lugares que despiertan asombro, risas o rechazo hay un sujeto con un deseo por conquistar. Esto es lo que nos compromete a nosotros los adultos a tomar con seriedad estos “ensayos”.

El sujeto se ve obligado a abandonar identificaciones del pasado (la del niño que juega, la del nieto preferido, la de mejor alumno, la de niño protegido). Sabe que ya no es un niño, y si no lo sabe, no faltará quién se lo recuerde. Pero también sabe que no es un adulto, algo que se le recuerda aún más y que se expone al ridículo si se cree que es un adulto...

Entonces, hoy es el niño que demanda cuidados y al rato será el que se escandaliza y monta en cólera porque entraron a su pieza y ordenaron su placard...

Que los adultos podamos comprender este “ir y venir” implica la capacidad aceptar que allí hay un sujeto que está constituyéndose, y que esa tarea no le resulta nada fácil...

La identidad como búsqueda y adquisición de la palabra propia

Se trata entonces de que el sujeto pueda ubicarse en el mundo con un deseo propio, singular. Podríamos decir que constituir la identidad es conquistar la propia palabra; tener un discurso propio, esto es, una concepción personal del mundo y de la vida.

Hasta el momento de la adolescencia el niño ha concebido y ha mirado el mundo a través de los ojos de sus padres, ellos le han dicho lo que está o no permitido, lo que es “bueno” y lo que es “malo”.

Se trata ahora de desprenderse de esas miradas que comienza a sentir incómodas para dar lugar a nuevas identificaciones que, también en este tiempo de tránsito, serán tomadas “prestadas” de otros adultos (profesores, padres de amigos, ídolos del rock o del fútbol, entrenador del deporte que practican, etc.)

Transitar este camino le permite ir conquistando paulatinamente un lugar de autonomía frente a las decisiones que debe ir asumiendo en este pasaje de la infancia a la adultez. No podrá hacerse responsable de sus actos si no puede tener ideas propias y razones propias que los justifiquen.

Si el adolescente no puede plantear y sostener sus razones, si no tiene “palabra propia” no puede hacerse responsable. Recordemos aquí lo que plantea Kaplan, el niño es obediente, las reglas y las razones le son ajenas, se las da otro. Ser adulto es darse las normas a sí mismo, esto significa la palabra “autonomía”.

Tener palabra propia es tener “razones y normas propias” y hacerse cargo de ellas.

La palabra del adulto y la palabra del adolescente

Ahora bien, esta conquista se hace siempre a partir de la referencia del adulto. Como dijimos anteriormente, para el niño, el adulto es totalmente consistente y también lo es su palabra.

Aunque encuentre fallas en él, le sigue creyendo y es, por lo tanto, dependiente de la palabra del adulto. A partir de la pubertad, uno de los trabajos del adolescente es hacer inconsistente la palabra del adulto. Es decir, para fortalecer su propia palabra, *necesita tornar inconsistente la palabra del adulto*. Esto es indispensable para poder “hablar en nombre propio”.

Pero no olvidemos la idea de transición. Este proceso, como los otros, no se logran de un momento a otro, sino que, aquí también, el adolescente “va y viene”: a veces habla en nombre propio, y a veces en nombre del adulto. Al adolescente le cuesta mucho asumir la propia palabra y eso da cuenta de la debilidad de su autonomía.

Cuanto más consistente se presenta el joven, con una palabra de apariencia firme, con una intransigencia persistente, muchas veces como un “rebelde contestatario”, en realidad da cuenta de una mayor dependencia, de una autonomía débil.

Entonces, cuando la respuesta del adulto es redoblar la consistencia, la respuesta del adolescente suele ser más violenta, porque necesita “quebrarla” hacerla débil.

¿Qué podría hacer el adulto para ayudar en este proceso? Mostrarse inconsistente, como de hecho lo es, permitirle al adolescente que encuentre una fisura para que pueda poner su propia palabra, darle un lugar para que exprese sus ideas, sin censurarlas, sin prejuizarlas, reconociendo que su palabra puede ser de interés para él dado que él no había visto las cosas desde ese punto de vista...

Y en esta búsqueda de la palabra, tienen un lugar muy importante los “largos silencios de los adolescentes”. Porque el “no decir” no implica no comunicar. Cuando el adolescente se ensimisma, se encierra en su habitación durante horas o días, cuando no dialoga en los momentos compartidos por la familia (comidas, salidas, etc); está “comunicando su necesidad de silencio exterior para dar lugar al habla interior”. En su mundo interno, confronta ideas, las selecciona, las critica, las analiza, las adopta, las rechaza... “Ensayo sus propios relatos y discursos” frente a la realidad. Relatos y discursos que luego confrontará con los del adulto a fin de probarlos, reprobarlos, comprobarlos, hacerlos consistentes.

En el marco de este proceso, se entiende el malestar y la oposición que el adolescente manifiesta ante la palabra del adulto. Y en este sentido, necesita hacerle saber al adulto (padres, profesores) que ellos (su generación, sus pares) no necesitan de su palabra y pueden hasta crearse las propias. Estamos hablando aquí de los términos particulares que usan los

adolescentes en su jerga y que tienen como principal finalidad separar al adulto, “dejarlo fuera” de sus conversaciones, en la medida en que el adulto desconoce el significado de los términos que usan.

Ahora bien, ponerse a la escucha del adolescente no quiere decir que debamos perder nuestros puntos de referencia, ni traicionar nuestras convicciones, ni cambiar diametralmente nuestra manera de pensar. Pero toda intervención intempestiva o autoritaria por parte nuestra, puede agravar la situación conflictiva del adolescente.

El papel del adulto en la búsqueda de la identidad adolescente

Recuperando todo lo planteado hasta aquí, podemos preguntarnos *¿Qué papel nos toca jugar a nosotros, adultos, en este camino de búsqueda en el que se encuentra inmerso el adolescente? Dicho de otro modo ¿qué podemos hacer nosotros para contribuir y no obstaculizar este pasaje de la infancia a la adultez, de la dependencia a la autonomía?*

Algo dijimos recién con respecto a la relación con la palabra. Y si retomamos otra idea que también expusimos anteriormente, vimos cómo este tránsito adolescente hacia la conquista de una identidad propia se asemeja a los ensayos de los personajes de un drama. Aceptar esto implica aceptar que el adolescente no goza aún de una verdadera independencia, y que este pasaje complejo y doloroso necesita acompañamiento por parte del adulto.

Esto significa que el adolescente necesita protección y necesita una relación de “asimetría” con el adulto, dado que las relaciones de “igual a igual” las tiene con su grupo de amigos y pares. Esta asimetría implica no olvidar que el sujeto juega personajes y permitirle ese juego que le brinda un espacio entre el mundo del puro juego de la infancia y el mundo de la realidad adulta. Permitir este juego de identificaciones y desidentificaciones en un espacio protegido como deberían serlo la familia y la escuela (fundamentalmente), le posibilita al sujeto una entrada al mundo real con mayores herramientas y recursos.

La asimetría en la relación tiene que ver con el hecho de que el adulto no “debe creerse” el personaje que el adolescente juega, aunque éste si se lo crea; lo que no implica no tomarlo con seriedad, sin burlarse ni ridiculizarlo. Veamos algunos ejemplos: el chico de 16 años que era miembro de una tribu urbana flogger, empieza a asistir a la parroquia y toca la guitarra en la misa todos los domingos. Ese mismo chico, 2 ó 3 meses más tarde, se convierte en un fanático del tenis y ya no va más a la parroquia... y así podríamos seguir...

Generalmente nuestra reacción frente a estas actitudes suele ser la desorientación, el descrédito o la preocupación porque “no saben lo que quieren”, justamente de eso se trata, están buscando, están probando y es deseable y esperable que así sea.

Entonces, si nosotros nos ponemos a confrontarlos con esos personajes no haremos otra cosa más que reforzar su “juego” y corremos el riesgo de que en lugar de ensayar (entrar y salir) se quede fijado en él y se trunque el proceso.

Muchas veces, el hecho de que el chico pueda o no realizar este tránsito, tiene que ver con nuestra actitud frente a él, porque no le permitimos ese “estar yéndose”...

Esa actitud expulsiva del adulto culmina con un cierre precipitado, anticipado y a veces violento de la búsqueda de la identidad. El adolescente en estos casos adopta una identidad frágil y sufrida: embarazos no deseados, cuadros psicopatológicos, conductas delictivas, adicciones, trastornos de la conducta alimentaria, suicidios... Estas son salidas, fugas que toma el adolescente frente a un adulto que no lo puede contener. Entonces, lo que era “vulnerabilidad pasajera” se transforma en algo cristalizado y definitivo: “soy anoréxica”, “soy drogadicto”, “soy delincuente”, “soy madre adolescente”, “soy alumno repetidor...”

A modo de conclusión podríamos plantear sintéticamente cuáles son las funciones que debería cumplir la familia durante la adolescencia:

- *Contener:* en las angustias, las dudas, las incertidumbres, los cambios de humor y de ideas. La familia y la escuela deberían ser los “espacios protegidos” por excelencia para que el adolescente puede transitar hacia el mundo adulto, experimentando que puede correr riesgos pero que alguien lo va a ayudar y sostener si lo necesita.
- *Enseñar:* actitudes, valores, pautas de conducta, estas son todas herramientas que le permiten al adolescente transitar a partir de marcos de referencia concretos.

- *Poner límites*: así como la baranda de la escalera es una “protección física” para el que la transita y evita que se golpee y se dañe; el límite es una “protección psicológica” para que el sujeto vaya transitando paulatinamente espacios y vivencias para las cuales aún no está preparado y por ello podría resultar dañado (esto es algo que ocurre con el tema de la sexualidad, por ejemplo)

“Hoy en día los jóvenes no buscan tanto la promoción social como una razón para vivir, un lugar en el mundo, y nosotros, los adultos, solemos ser cada vez más impotentes en cuanto a poder ofrecerles esa razón.”
FLACSO.

Bibliografía

KAPLAN, Louise. *La Adolescencia, el adiós a la infancia*. Bs. As. Paidós, 1991.

FLACSO. *Jóvenes, escuela y subjetividad*. 2004

FERNÁNDEZ MOUJAN, Octavio. *Abordaje teórico y clínico del adolescente*. Bs. As. Nueva Visión, 1987

Los avatares de un debate. Lic. Claudia Yarza. Documento de la Cátedra "Problemática Filosófica". Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. UNCuyo 2002